

se acrecentaba con los votos de las universidades que se comprometían a defender el amado misterio hasta dar la propia sangre, como se hizo en la sin par mariana ciudad de Sevilla, clamor que hallaba fundamento en la exclusión que de María hizo el Concilio de Trento al tratar de la transmisión del pecado original y que se robustecía en las prohibiciones, de hablar en contra de este misterio, hecha por los Papas; clamor, en fin, que levantaba a los pueblos en masa para defender tan amado misterio y que, desbordándose del alma de la Iglesia, hizo exclamar al cardenal Lambruschini, Ministro de Estado entonces del amadísimo Pío IX, con estas palabras eco a la par del cielo y de la tierra:—Santisimo Padre Vuestra Santidad, no curará al mundo sino proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción. Esa definición doctrinal restablecerá el sentido de las verdades cristianas y apartará los espíritus de los caminos del naturalismo en que se extravían.»

Y así era en efecto, Lutero, sin comprender la trascendencia de su obra, al rebelar a los reyes y magnates en contra del Papa, engendraba el anarquismo actual, y al despreciar las enseñanzas de la Iglesia, sometiendo la doctrina revelada al *libre examen*, lanzaban al mundo el polen intelectual del racionalismo, que más tarde fecundaría en la mente de los enciclopedistas y revolucionarios franceses, y en los filósofos alemanes y llegaría hasta incubar la más terrible de todas las herejías, la más perfecta expresión del refinado naturalismo actual: el Modernismo religioso, que todo lo somete al hombre convirtiendo a éste en creador de la religión, y hasta de Dios mismo. Y con esta razón pura, arancel por el que se habían de regular todas las verdades y con esta misma razón omnipotente, capaz de ser la razón suficiente de todas las cosas, quedó el hombre endiosado y ardiendo en ansias de destruir cuanto existía y enemigo jurado de todas las instituciones, fuerzas e individuos fundadores de lo anteriormente existente, y así vino a quedar destruido el orden sobrenatural con todo lo que supone y representa en la religión, en las ciencias, en las letras, en las artes, en el individuo, en la familia y en la sociedad.

Por bien seguro tenía el gran Pío IX lo que acababa de oír de su secretario de Estado, y, porque así era, el santo Pontífice contestaba aquellas fervientes palabras pronunciadas en Enero con la Enciclica *Ubi Primum* del dos del mes siguiente, en la que pedía a todos los obispos del mundo su parecer y el sentir de sus respectivas diócesis, por lo que se refería a la definición dogmática del misterio de la Concepción Inmaculada de María.

Seis años habían transcurrido, cuando el más amado de todos los Pontífices después de San Pedro, el que tantas veces se soñaba niño guiado por la Santísima Virgen o San José, el que fué crucificado en la cruz de todos los desafueros e injusticias, de las bárbaras expoliaciones y vejámenes, de los criminales atentados y de las soeces revoluciones, de los insultos y de las burlas; el Papa que señalando al circo de Roma había dicho estas preciosísimas palabras: «Ese anfiteatro, ese coliseo cercano de aquí, fué, en los primeros siglos de la Iglesia, cáliz que recibió la sangre de los primeros héroes cristianos y hoy es copa que recibe nuestras lágrimas. Esa sangre y esas lágrimas claman al cielo y conmoverán el corazón de Dios en favor de la Iglesia.» El inmortal Pío IX el día 8 de Diciembre de 1854 hacía saber al mundo, en la bula *Ineffabilis*, gloria de su autor y la más esclarecida hazaña de los sucesores de San Pedro, que era ya llegado el momento oportuno de definir la Inmaculada Concepción de la Virgen María Ma-